

tentos.<sup>1</sup> Recurrió á cuantos medios podían herir su honor caballeresco. Recordóles que no había memoria de que el antiguo valor castellano hubiese cedido jamás á un enemigo: rogábales que no mancillasen aquellos hechos heróicos que habían hecho famosa á la España entre todas las naciones, y que no dejasen á medio acabar una empresa, para que luego viniese un atrevido y emprendedor á consumarla: preguntábales que cómo podían abandonar á sus aliados los tlaxcaltecas despues de haberles envuelto en la guerra, ni dejarles espuestos á la venganza de los aztacas? decíales que caminar un solo paso hácia Villa Rica, era confesarse débiles y menguados: era desanimar á sus aliados y alentar á los enemigos: rogábales que recobrasen la confianza que antes habían tenido en él, y que reflexionasen que si últimamente habían padecido reveses, habían también logrado todo y aun mas que todo lo que se prometían. Fácil era permanecer en aquella tierra hospitalaria hasta que llegando los refuerzos que estaban para venir, pudiesen otra vez tomar la ofensiva. Pero que si á pesar de estas consideraciones capaces de conmover el corazón de cualquiera hombre valeroso, preferían el descanso en sus hoga-

1 "Paréceme que la respuesta que á esto les dió Hernando Cortés, é lo que hizo en ello fué una cosa de ánimo invencible y de varen de mucha suerte y valor." Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 15.

res, á la gloria de una proeza heróica, no les detendría en su camino: que fuesen benditos de Dios: que abandonasen á su general en tan duro conflicto; pero que él prefería verse rodeado de un puñado de esforzados caballeros, mas bien que de una falange de menguados cobardes.<sup>1</sup>

Los descontentos eran, como ya lo hemos dicho, los de Narvaez; pero sus antiguos veteranos al oír este llamamiento sintieron hervir de indignación la sangre de sus venas, viendo que había quien tuviese el villano pensamiento de abandonar al general en aquella crisis, y ofrecieron espontáneamente acompañarle hasta lo último; y los descontentos acallados, ya que no convencidos por el generoso entusiasmo de sus camaradas, consintieron en aplazar su marcha para otra ocasión mas favorable.<sup>2</sup>

1 "E no me hable ninguno de otra cosa, y el que desta opinión no estuviere, vayase en buena hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde y desacordado de su propia honra." Ibid, ubi supra.

2 Oviedo ha empleado varias páginas en la arenga de Cortés, en la que el orador cita á Jenofonte y emplea un estilo parecido al de la antigua historia del pueblo judío, lo que dá á aquella color de sermón, mas bien que de arenga de un general, pero ni Cortés era pedante, ni sus soldados literatos.

3 Véase sobre esta turbulenta desavenencia, á Bernal Diaz, cap. 129. Relac. Seg. de Cortés, pág. 152. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15. Gomara, Crónica, caps. 112, 113. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 14.

Diaz se irrita fuertemente con el capellan Gomara, por no haber hecho distincion entre los antiguos veteranos de Cortés y los reclutas de Narvaez, y por haber envuelto á los unos y á los otros en el peccado de la rebelion. La noticia que dá Diaz me parece mas cierto por lo que yo he adoptado en el texro.

Mas apenas estaba vencida esta dificultad cuando se presentó otra mas seria: los celos que se habian comenzado á despertar entre sus soldados y los indios aliados. A pesar de las demostraciones afectuosas de Maxixcatzin y sus inmediatos compañeros, otros habia que miraban de reojo á los españoles por los daños y duelos que habian causado á la república, y preguntaban con estrañeza, si además de esto se la queria obligar á que soportase la carga de alojar y mantener á tan crecido número de estrangeros?

Tales demostraciones de descontento no eran tan secretas que no llegasen á noticia de los españoles, quienes no podian oirlas sin inquietud. Verdad es que los autores de esas hablillas eran personas de poca consideracion, pues los cuatro señores de la república estaban fuertemente adheridos á la causa de Cortés; pero las apoyaba el belicoso Xicotencatl en cuyo pecho quedaban todavía restos de esa enemistad implacable que tan valerosamente habia demostrado en los campos de batalla. El contacto íntimo en que violentamente estaba con los españoles, ocasionaba que de vez en cuando saltase alguna chispa de su carácter inflamable.

Cortés, que vió con inquietud aquellas señales de alarma creciente, la cual debilitaba el punto de apoyo en que debia descansar la palanca de sus futuras operaciones, empleó todos los medios posi-

bles, para infundir á sus tropas la perdida confianza: les recordó los buenos servicios que constantemente les habia prestado la masa de la nacion: díjoles que el mejor garante de la fidelidad de los aliados, era el ódio profundo que tenian á los aztecas; cuyo ódio debia avivarse con las últimas desgracias: finalmente, les hizo observar que si los tlaxcaltecas abrigasen designios hostiles contra los blancos, se habrian aprovechado de la angustiada situacion en que estos se habian encontrado, y no habrian aguardado á que se robusteciesen y tuviesen mayores medios de resistencia.<sup>1</sup>

Estando Cortés procurando aquietar sus temores y los de sus compañeros, por aquellos medios de éxito dudoso, ocurrió un acaecimiento que felizmente afirmó de la manera mas estable la alianza con la República. Pero antes de hablar de él, es menester dar noticia de lo acaecido en México desde la salida de los españoles.

A la muerte de Moteuczoma, fué electo para sucederle en el trono, su hermano Cuitlahuatzin, señor de Ixtlapalapan. Era hombre activo, experimentado en las cosas de la guerra y propio por la fuerza de su carácter para sostener la vacilante

<sup>1</sup> Oviedo, Hist de las Ind., M. S., lib. 33, cap. 15. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 14. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 29.

monarquía. Además, parece que era hombre no solo de buen gusto, sino ilustrado, si hemos de juzgar por los bellos jardines llenos de plantas exóticas, que dejó en Ixtapalapan, y que llenaron de admiración á los españoles. Por el contrario de su antecesor, detestaba á los blancos, y probablemente tuvo el placer de solemnizar el día de su coronación, sacrificando á algunos de ellos. Al momento que le puso en libertad Cortés que le tenia prisionero, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. El había dispuesto los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste; y á instigaciones suyas se reunió el poderoso ejército que disputó el paso á los españoles en las llanuras de Otompan.<sup>1</sup>

Desde que éstos evacuaron la ciudad, se ocupó activamente en reparar los daños que le habían causado, en reedificar las casas y construir de nuevo los puentes destruidos, y finalmente, en poner á la ciudad en el mejor estado de defensa. Procuró mejorar la disciplina y armas de sus tropas: introdujo el uso de las largas lanzas, y añadiendo las hojas de las espadas quitadas á los cristianos, á largas picas, formó una arma terrible contra la ca-

<sup>1</sup> Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Relac. Seg. de Cortés, p. 166. Sahagun, loco citato, y en el capítulo 27. O por mejor decir, "á instigaciones del gran demonio, capitán de los demás demonios, llamado Satanás, que es quien gobernaba á su antojo la Nueva-España antes de que viniesen á ella los españoles." Con este elocuente exordio comienza este capítulo el P. Sahagun.

ballería. Llamó á todos sus vasallos, de lejos y de cerca, en ayuda de la capital, y para mejor ganarse el afecto de los pueblos, les exoneró de algunos de los impuestos que habían acostumbrado pagar. Pero luego experimentó la inestabilidad de un gobierno que descansa no en el amor, sino en el miedo. Los vasallos de las inmediaciones del valle, quedaron fieles; pero otros comenzaron á titubear sobre el partido que abrazarían, y los de las provincias apartadas, rehusaron de una vez su obediencia, considerando que aquel momento era el más á propósito para romper el yugo que por tanto tiempo le había oprimido.<sup>1</sup>

En tal conflicto mandó el gobierno una embajada á sus antiguos enemigos los tlaxcaltecas. Componíanla seis nobles que llevaban un regalo de algodón, sal y otros artículos de que hacia algún tiempo se carecía en la república. Los cuatro señores de ésta, asombrados de un acto de reconciliación sin ejemplo hasta entonces, convocaron al senado para que ante él espusiesen los embajadores el objeto de su mensaje.

Hicieronlo así los aztecas: espusieron al senado que lo que proponían era el olvido de todos los pasados agravios y la formación de una alianza. Ma-

<sup>1</sup> Ixtlilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 88. Sahagun, loco citato. Herrera, op. cit. cap. 19.

nifestaron que todas las naciones de Anáhuac debian hacer causa comun contra los blancos: que los tlaxcaltecas harian caer sobre sí la ira de los dioses, si por mas tiempo acogian hospitalariamente á los que habian violado y destruido sus templos: que si confiaban en la amistad y ayuda de los extrangeros, viesen lo que habia sucedido en la ciudad de México, en cuyos umbrales fueron recibidos amistosamente, y á la cual en pago, habian reducido á escombros y cenizas. Conjurábanles, en fin, en nombre de su religion á que no permitiesen que los blancos reducidos al último grado de miseria, se pusiesen en cobro, sino que los sacrificasen en las aras que habian profanado; y si lo hacian, ellos ofrecian en nombre del gobierno azteca, que se formaria una alianza en donde resultase á la república el beneficio de gozar como antes de todos los objetos de lujo y comodidad de que hacia tanto tiempo estaba privada.

Las propuestas de los embajadores produjeron diferantes efectos en el auditorio: Xicotencatl fué de dictámen que se las aceptase al punto, diciendo que mejor era unirse con los de su misma familia, que tenian el mismo lenguaje, la misma fé y las mismas costumbres, que no entregarse en brazos de aquellos orgullosos extrangeros, que aunque siempre estaban hablando de religion, no conocian mas ios que el oro. Este dictámen fué abrazado con

entusiasmo por toda la juventud guerrera, que se habia inflamado al escucharlo. Pero los ancianos señores y mayormente su viejo y ciego padre, uno de los cuatro gobernadores de la república, el cual era muy adicto á los españoles, y Maxixcatzin íntimo amigo de estos, se espresaron en términos fuertes contra la propuesta alianza con los aztecas. Ellos son hoy como siempre, dijeron, lisonjeros en las palabras y falsos en el corazon: proponen hoy á Tlaxcallan la amistad, porque tienen miedo; pero luego que este pase volverán á su antiguo rencor. ¿Quiénes sino los aztecas pudieron haber privado por tanto tiempo á la república de los objetos mas necesarios para la vida, de estos objetos que hoy ofrecen tan liberalmente? ¿No se debe á los blancos que la nacion los posea? ¿Y sin embargo se nos invita á sacrificarlos en las aras de los dioses! ¿á sacrificar á los guerreros que despues de lidiar por la cauaa de Tlaxcallan, se han fiado á nuestra hospitalidad! Los dioses aborrecen la perfidia, y por otra parte, ¿no son los blancos los séres cuya venida han anunciado desde lo antiguo los oráculos? Aprovechémonos de esa llegada, y haciendo causa comun con ellos, acabemos de humillar de una vez á nuestros altaneros enemigos.

Este discurso provocó una viva réplica de parte de Xicotencatl, hasta que con alguna violencia acabó la paciencia del anciano gobernador, quien arro-

jó á su jóven antagonista de la cámara del consejo. Un procedimiento tan contrario al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nacion, llenó de asombro á la asamblea; pero lejos de reconvenir al gobernador, permaneció callada. Aun los mas apasionados parciales de Xicotencatl, temieron sostener á un caudillo que habia recibido tal ultrage del mas venerado de los cuatro señores de la república. Su padre mismo le reprendió públicamente, y el guerrero patriota que, aunque jóven tenia mas prevision que todos sus compatriotas, quedó otra vez aislado en el consejo, como lo habia quedado en el campo de batalla. La propuesta alianza de los mexicanos, fué unánimamente desechada, y los embajadores, temerosos de que no les libertara de una violencia, ni aun el sagrado carácter de que estaban investidos, salieron secretamente de Tlaxcallan.<sup>1</sup>

El resultado de la deliberacion fué sumamente útil á los españoles, quienes en su angustiada situacion, y mayormente estando desprevenidos habrian quedado á merced de los tlaxcaltecas si estos lo hu-

1 Lo que pasó en el senado tlaxcalteca lo refieren aunque con algunas variaciones en cuanto á las circunstancias, pero en sustancia lo mismo, los escritores siguientes: Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS., Sahagun, loco citato. Herrera, op. cit., dec. 2, lib. 10, cap. 14. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 129. Gomara, Crónica, cap. 111.

biesen querido. Pero de cualquiera manera, la union con los mexicanos habria puesto el sello á la desgracia de los conquistadores, pues no teniendo recursos propios, solo podian esperar el triunfo valiéndose hábilmente de una parte de la poblacion indígena para combatir á la otra.